

tal modo las ambiciones de los grandes disputándose su herencia en el infujo y en el mando, y formáronse tantas banderías, y moviéronse tantos bullicios, revueltas y escándalos entre los nobles, que la anarquía mas espantosa reinaba de uno á otro confin del reino, sucedían cada día encarnizadas reyertas en que corría abundantemente la sangre, cometíanse por todas partes robos, asesinatos y demasías de todo género, y á tal extremo llegó el desórden, que grandes y pequeños repetían á una voz que había sido una calamidad la salida de don Alvaro de la corte, y nobles y plebeyos clamaban por que volviese. El mismo rey de Navarra, muchos prelados y caballeros, y hasta el infante don Enrique pidieron al rey que le volviera á llamar. Envió ya el rey don Juan sus cartas de llamamiento al condestable, pero el hábil favorito se excusó hasta tres veces, manifestando repugnancia en volver á la corte, diciendo que se hallaba bien en su retiro, y añadiendo que creía que para darle consejo en todo bastaban el rey de Navarra, el infante don Enrique y los otros grandes que á su lado tenía, sin perjuicio de que le serviría desde su tierra en todo lo que pidiese y le fuese mandado. Fué preciso que el rey le ordenara volver sin excusa alguna. Entonces el astuto condestable se mostró como resignado á cumplir aquello mismo que deseaba. Su regreso á la corte fué celebrado con públicos regocijos, salían las gentes á esperarle á largas distancias, y cuando llegó al palacio, el rey se levantó de su silla para recibirle, y le estrechó cariñosamente entre sus brazos (1).

Varió todo de rumbo, y la corte tomó diferente aspecto desde el regreso del condestable. El rey, obrando ya con mas aliento, como quien se hallaba fuertemente escudado, prohibió las alianzas y confederaciones que solían hacerse entre los grandes, disolvió las que estaban ya hechas, y no permitió que se formasen en adelante sin mandato ó expreso consentimiento suyo. Otorgó indulto general por todos los excesos y crímenes pasados. Dió á su hermana doña Catalina en dote y por la herencia de su padre las villas de Trujillo y Alcaráz, con algunas aldeas de Guadalajara, entre todo seis mil vasallos pecheros, con mas doscientos florines de oro, y al infante don Enrique por mantenimientos un millon y doscientos mil maravedís anuales. Ordenó que los grandes del reino, que se hallaban apiñados en la corte haciéndola un hervidero de ambiciones y de intrigas, se fuesen para sus tierras, quedando solamente en su compañía un pequeño número que designó. Terminado el negocio del dote de la infanta doña Catalina, que servía de pretexto al rey de Navarra para permanecer en Castilla, tratábase ya de alejarle. Don Alvaro de Luna repetía diariamente al rey que no estaban bien dos reyes en un mismo reino: mas como aquel se mostrase remiso y como encariñado con su país natal, fué preciso que el mismo rey de Castilla le recordase muy cortésmente que, concluida su misión, convendría mucho que se volviese á sus nuevos dominios. La coincidencia de haber llegado al propio tiempo un mensajero de Navarra excitándole de parte de la reina su esposa y del reino á que se fuese, porque así la cumplía mucho, libró á Castilla de un pegadizo huésped que le era harto incómodo, y su marcha fué un nuevo desembarazo para don Alvaro de Luna (1428).

Destinado estaba el bueno de don Juan II de Castilla á no gozar de reposo con los infantes de Aragon sus primos, dos de ellos ya reyes. Creyó haber quedado tranquilo con un tratado de paz y amistad perpetua que se estipuló y firmó en Valladolid con los de Aragon y Navarra, y de que se hicieron tres escrituras solemnes: mas cuando se llevó á ratificar el convenio á don Alfonso V de Aragon, despues de una dilacion estudiada se negó por último con diversos pretextos á firmarle. Casi tan pronto como la nueva de esta negativa llegó á Castilla la de que los dos monarcas hermanos de Navarra y Aragon se preparaban otra vez á invadir juntos este reino, fingiendo y protestando que lo hacían solo con el fin de hablar con el rey sobre el gran deservicio que á su persona y reinos se seguía de tener á su lado ciertos consejeros, lo cual se enderezaba principalmente á derribar á don Alvaro de

(1) Crón. de don Alvaro, títulos XVI y XVII.—Id. de don Juan II, páginas 239 á 246.

Luna. Era esto en ocasion que creyendo el rey y el condestable estar en paz con los reyes cristianos sus deudos y vecinos, habían resuelto hacer la guerra á los moros de Granada, para lo cual habían pedido ya á las córtes, y estas les habían otorgado un servicio de cuarenta y cinco cuentos de maravedís. En la disyuntiva de tener que atender á una de las dos guerras, túvose por mas urgente, y así se estimó en consejo, resistir la entrada de los de Navarra y Aragon; y como no bastasen embajadas, requerimientos y negociaciones para hacerles desistir, mandó el rey de Castilla pregonar por todos sus reinos que nadie bajo graves penas fuese osado á obedecer á ningún señor fuera de los de su corte, hizo un llamamiento general á sus reinos, ordenó que todos los grandes jurasen y firmasen en un pergamino servirle «bien y leal y derechamente, sin fraude, cautela, simulacion ni engaño.» y el condestable don Alvaro de Luna, por quien todo esto se dirigía, partió de Palencia con dos mil lanzas para oponerse á la entrada de los reyes de Navarra y Aragon (1429).

Todo era movimiento en Castilla. El rey se ocupaba en sujetar y tomar castillos á algunos grandes que se rebelaban, mientras Velasco y Zúñiga y otros caballeros iban á reforzar al condestable y al almirante. Ibase á dar ya la batalla en la frontera de Aragon entre el condestable y los dos reyes invasores, cuando el cardenal Foix, legado del papa, se presentó recorriendo las filas de ambas huestes con un crucifijo en la mano exhortándolos á la paz. Al propio tiempo la reina doña Maria, mujer de don Juan II de Castilla y hermana de los de Navarra y Aragon, marchando, dice la crónica, «á jornadas, no de reina, mas de trotero,» llegó al sitio en que se iba á dar la batalla, hizo que le pusieran una tienda entre los dos campos, y con tal interés habló á unos y á otros, que merced á la ilustre mediadora los reyes se retiraron, y el condestable alzó tambien sus reales. Pero el infante don Enrique, á pesar de su reciente juramento, habiase vuelto á rebelar, uniéndose primeramente á sus hermanos, revolviendo despues la tierra de Extremadura, y haciendo en ella males y daños en union con su hermano don Pedro, á quien esta vez arrastró consigo. Con tal motivo mandó nuevamente el rey confiscarle todos sus bienes, y envió á don Rodrigo Alonso Pimentel, conde de Benavente, para que le tomase sus villas y lugares, y mas adelante fué el condestable en persona á combatir y recobrar los castillos de que los infantes don Enrique y don Pedro se habían apoderado en Extremadura. Entre tanto proseguían los reyes de Castilla, Aragon y Navarra, dirigiéndose continuas embajadas, ya por sus reyes de armas y farautes, ya por prelados y caballeros, ya por medio de las reinas mismas de Castilla y Aragon, que trabajaban activa é incesantemente por evitar la guerra, haciendo y llevando proposiciones sin acertar á avenir á unos y otros monarcas, ni á impedir las entradas de los unos, las acometidas de los otros, las quejas de todos, los combates parciales, y en las fronteras de los tres reinos y en el interior de Castilla todo era movimiento y agitacion, y sentíanse todas las calamidades, desórdenes y males de las guerras civiles.

El rey don Juan de Castilla despachaba cartas á todos los grandes del reino informándoles de cuanto había pasado con los infantes de Aragon don Enrique y don Pedro, y despues de haberlos reunido con los procuradores en Medina del Campo para pedirles consejo, tomó por sí la medida violenta de confiscar todas las villas, lugares y castillos del rey de Navarra y del infante don Enrique, y aplicarlos á su corona (1430), distribuyéndolos despues entre los prelados, nobles y caballeros que le eran fieles, y dando á don Alvaro de Luna la administracion del maestrazgo de Santiago. Hizo recluir en el monasterio de Santa Clara de Tordesillas á la reina viuda de Aragon doña Leonor, madre de los infantes, por sospechas de hablas y tratos que se decía traer con sus hijos, y que entregase varios de sus castillos al condestable don Alvaro para que los tuviese en fianza durante la guerra, hasta que por mediacion del rey de Portugal, le fueron devueltos la libertad y los bienes. Y como por aquel tiempo llegase á Medina del Campo el conde de Luna don Fadrique de Aragon, el hijo natural del rey don Martin de Sicilia, hizole merced de las villas de Cuellar y Villalon, Arjona y Arjonilla, con medio millon en

uro y un millon en lanzas, que así iba este monarca prodigando mercedes y enajenando las mejores villas de su reino. Proseguía la guerra con los infantes y reyes de Aragon y de Navarra, y con algunos magnates rebeldes de Castilla, reducida á tomarse y recobrar mutuamente fortalezas, sin que por eso cesasen las embajadas, y quejas reciprocas, y contestaciones, que ni satisfacían á unos ni á otros, ni se terminaban nunca.

Grandes aprestos de gentes, armas, artillería, ingenios, viandas y todo género de pertrechos de guerra había hecho el rey de Castilla en Burgos para la guerra de Aragon, y ya se había movido hácia la frontera, cuando el aragonés y el navarro, ya porque los intimidaran estos preparativos, ya porque intercediera el de Portugal, le enviaron nuevos embajadores, que hablando primeramente con los del consejo, despues con el rey mismo en sentido favorable á la paz, lograron al fin que se entendieran los tres soberanos, y que se asentara una tregua por cinco años cumplidos (julio, 1430) entre el rey de Castilla y el príncipe de Asturias de una parte, y de otra los reyes de Aragon y Navarra y el príncipe Carlos de Viana, hijo primogénito de este. En ella fueron comprendidos los infantes don Pedro, don Enrique y doña Catalina, debiendo ser respetados en sus personas y bienes, aunque estuviesen encastillados, siempre que no entrasen en las tierras y señoríos del rey. Juráronla los prelados y caballeros de los tres reinos, y se nombraron catorce jueces, siete por una parte y siete por otra, para que juntos dirimiesen los debates y pleitos que habían sido causa de la guerra, debiendo residir los unos en Agreda, los otros en Tarazona, para que pudiesen fácilmente platicar entre sí y concertarse (1).

Firmada esta tregua, el rey don Juan II de Castilla pensó en aprovechar aquellos armamentos en la campaña contra el emir de Granada que antes había tenido ya resuelta, y que había sido suspendida por atender con preferencia á la guerra con los reyes é infantes de Aragon sus primos. El rey de Granada Yussuf III había muerto en 1423, dejando por sucesor á su hijo Muley Mohammed, que siguiendo el ejemplo de su padre, anduvo mendigando el apoyo de los emires de Africa, y solicitando paces y treguas de los monarcas de Castilla. Invisible en su alcázar, menospreciado de sus aliados, y aborrecido de sus súbditos, una sublevacion popular, á cuya cabeza se puso un primo suyo nombrado Mohammed Al Zakir, y tambien Alhayzari (el *Izquierdo*), le derribó del trono, siendo proclamado el Zakir, que apenas dejó á Muley tiempo para poder salvarse. Mientras Muley buscaba un asilo en Túnez, su vazir favorito Ben Zerag con cuarenta caballeros granadinos se refugiaron en Castilla, donde el rey don Juan II les hizo una benévola acogida, ofreciéndoles reponer á su señor en el trono de que había sido arrojado. Enviado este Ben Zerag á Túnez á fin de interesar al emir africano en favor del destronado Muley, pronto se vió á este repasar el Estrecho con una hueste respetable; Almería le proclamó de nuevo, y dirigiéndose á la capital le saludó el pueblo de Granada con el mismo entusiasmo que había pedido y aclamado su caída. El Zakir se encerró en la Alhambra, pero entregado por sus propios soldados, hizole Muley cortar la cabeza instantáneamente, y quedó en posesion pacífica del trono (1428). Hallándose don Juan II de Castilla en Burgos, llegó allí un enviado de el Zakir (el rey Izquierdo), ofreciéndole de parte de su señor auxilios de tropas contra sus enemigos, y pidiéndole nuevas treguas (1430). Contestóle el castellano, que el socorro que le ofrecía no le necesitaba, y en cuanto á la tregua, que se la otorgaría por un año á lo mas, siempre que diese libertad á todos los cristianos cautivos, y le pagase á él todos los años cierta cuantía de doblas de oro en reconocimiento de vasallaje. Regresó el mensajero granadino poco satisfecho de la respuesta, pero era precisamente lo que buscaba el rey de Castilla, porque deseaba que el de Granada desechase sus proposiciones para tener un pretexto de llevar la guerra al territorio de los infieles (2).

(1) Perez de Guzman, Crón. de don Juan II, págs. 247 á 304.

(2) Conde, Domin. de los Arabes, part. IV, caps. 29 y 30.—Perez de Guzman, Crón. á los años correspondientes.

Así, tan pronto como hizo paces con los reyes é infantes de Aragon, escribió al rey de Túnez Abu Faris quejándose de la ingratitud del rey Izquierdo de Granada, á quien había colocado en el trono, y rogándole suspendiese el envío de galeras y viandas que estaba para hacer al granadino. El de Túnez lo ejecutó así, y aun requirió al Zakir para que pagase al castellano las parias que sus antecesores habían acostumbrado á dar á los reyes de Castilla. Comenzó, pues, la guerra, y el adelantado de Andalucía Diego de Ribera con el obispo de Jaen por una parte, y por otra el capitán de Écija Fernán Alvarez de Toledo, con el alcaide de Antequera Pedro de Narvaez y otros caballeros, penetraron, los primeros en la vega de Granada, los segundos por tierra de Ronda, donde sostuvieron parciales y ventajosos reencuentros con los moros. El condestable don Alvaro de Luna, que, viudo de doña Elvira Portocarrero, acababa de enlazarse con doña Juana Pimentel, hija de don Rodrigo Alonso Pimentel, conde de Benavente, pidió al rey licencia para ir á hacer la guerra á los mahometanos con tres mil lanzas que él podía haber de su casa; tanto era ya poderoso el de Luna! El rey mismo, queriendo combatir personalmente á los infieles, determinó partir para la frontera, dejando la administracion del reino á cargo del adelantado Pedro Manrique (1431). La guerra proseguía con sus naturales vicisitudes, pues mientras por un lado Mohammed Al Zakir destruía al adelantado de Cazorla matándole casi todos sus valientes campeadores, por otro el mariscal Pedro García de Herrera tomaba por asalto á Jimena con sus valerosos adalides.

La hueste del condestable, en que iban muchos principales caballeros de Castilla, penetró por Illora hasta la vega de Granada, talando campos y quemando alquerías, y sentado que hubo su real dirigió una carta á Mohammed Al Zakir Alhayzari (3), diciéndole que le hiciese la honra de dejarse ver, que allí le esperaría aquel día y el siguiente. El emir granadino no se presentó, ni respondió al reto, y el condestable de Castilla se volvió á Antequera. Al poco tiempo resolvió el rey don Juan entrar personalmente en la tierras de los moros, y habido su consejo y oídos los diversos pareceres, determinó penetrar con todo su ejército en la vega de Granada. Ordenó, pues, sus haces y partió de Córdoba. En el castillo de Alhendin se le incorporó el condestable, al frente de algunos prelados, de los caballeros de Santiago y otros caudillos. El conde de Haro don Pedro Fernandez de Velasco fué enviado á talar el viñedo y las mieses de Montefrío. Movióse todo el ejército, conduciendo la vanguardia el condestable, y sentó el rey su real cerca de Granada al pié de Sierra Elvira (27 de junio). Había acudido á Granada tal muchedumbre de infieles, que no cabían ni en la ciudad ni en sus alrededores (4). Despues de algunas escaramuzas, en que varios caballeros cristianos pagaron cara su imprudencia y su inoportuna audacia, siendo además severamente reconvenidos por el condestable, movió el rey sus pendones, y se preparó á dar la batalla. Encontrábase allí muchos prelados y toda la nobleza. Un historiador de Granada refiere en los siguientes términos este combate. «Don Juan, que se paseaba impaciente en la puerta de su tienda vestido de todas armas, cabalgó con gran comitiva de grandes y capitanes, y dió al grueso del ejército que descansaba sobre las armas la señal de acometer. Juan Alvarez Delgadillo desplegó la bandera de Castilla, Pedro de Ayala la de la Banda, y Alonso de Stúñiga la de la Cruzada.... No eran solo caballeros de Granada adiestrados en las justas de Biva-Rambla y en todo linaje de ejercicios ecuestres los que allí combatían. Tribus enteras, armadas con flechas y lanzas, habían descendido de las montañas de la Alpujarra, y condeidas por sus alfakis poblaban en guerrilla el campo de batalla.... los tolemas del reino habían predicado la guerra santa é inflamado al populacho; así avanzaban tambien turbas feroces armadas de puñales y chuzos, y poseídas de furor con las exhortaciones de algunos san-

(3) El que nuestra Crónica llama *Don Mahoma Abenazar el Izquierdo*.

(4) La Crónica dice que «los moros eran tantos, que se estimaban en cinco mil de caballo, é doscientos mil peones,» cifra que nos parece exagerada.



tones venerados: distinguíanse los caballeros de Granada por su táctica en combatir, la velocidad de sus caballos, la limpieza de sus armas y la elegancia de sus vestiduras. Los demás voluntarios señalábanse por sus rostros denegridos, sus trajes humildes, sus groseras armas y la fiera rusticidad de sus modales. Esta muchedumbre allegadiza quedó arrollada al primer empuje de la línea castellana; pero comenzaron los peligros y las pruebas de valor cuando hizo cara la falange de Granada. Chocaron los pretales de los caballos, y los jinetes encarnizados mano á mano, no podían adelantar un paso sin pisar el cadáver de su adversario.... Ni moros ni cristianos cejaron hasta que el condestable esforzó á sus caballeros invocando con tremendas voces: ¡Santiago!; Santiago!.... Los granadinos comenzaron á flaquear, síntoma precursor de la derrota, y al querer replegarse en orden no pudieron resistir el empuje de aquella caballería de hierro, y se desunieron huyendo á la desbandada. Los vencedores cargaron en pos de los grupos fugitivos, de los cuales unos corrían al abrigo de Sierra Elvira, otros al de las huertas, olivares y viñedos, y los mas en dirección de Granada. El condestable se encargó de perseguir á estos últimos y los acosó con los lanceros hasta los baluartes de la ciudad. El obispo de Osma don Juan de Cerezo (hermano del condestable) asaltó y abrasó con su escolta algunas ricas tiendas abandonadas junto al Atarfe. La noche puso fin á la matanza.... Desordenado el enemigo, volvió el rey á su palenque, y entró al son de chirimías y entre aclamaciones de sus sirvientes: se adelantaron á recibirle sus capellanes, y muchos clérigos y frailes formados en procesion, con cruces enarboladas y entonando el *Te Deum*. Don Juan, al divisar la comitiva religiosa, se apocó, besó la cruz hincado de rodillas, y se encaminó á su tienda (1).»

Tal fué la memorable batalla de *Sierra Elvira*, llamada también de la *Higuera* (1.º de julio, 1431), el hecho de armas mas notable de don Juan II y en que pareció haber revivido el antiguo ardor bélico de los vencedores de las Navas y del Salado. En efecto, el historiador árabe afirma que este suceso llenó de tristeza y luto á los de Granada, y el cronista cristiano se lamenta de que no se recogiera el fruto de esta victoria, «ca en poco tiempo que el rey estuviera en el regno de Granada, tomara la mayor parte del por fuerza ó pleitesía, segund el estrecho en que avia puesto á los moros, é la grand victoria que dellos avia avido.» Pero la negligencia del rey, las envidias que suscitó el inmenso favor de don Álvaro de Luna, la conspiración que contra él tramaban en el campo mismo el conde de Haro, el obispo de Palencia, Fernán Alvarez de Toledo, Fernán Perez de Guzman y algunos otros, hicieron que se malograra tan señalado triunfo, y se oyó con sorpresa la orden del rey para retirarse á Córdoba so pretexto de falta de provisiones, contentándose con devastar el país en tres leguas á la redonda (2). Nombró el rey los capitanes que habian de quedar en las fronteras, y se volvió á Toledo, donde habian sido bendecidos sus pendones, á dar gracias á Dios por el feliz éxito de la campaña. Á su regreso firmó un pacto de paz perpetua con el rey de Portugal, que tiempo hacia la deseaba y solicitaba. Pronunció sentencia contra el conde de Castro por

(1) Lafuente Alcántara, Historia de Granada, tom. III.—La Crónica de don Juan II, pág. 319, enumera todos los prelados, grandes, caballeros y campeones que concurren á esta batalla.—La de don Alvaro, título XXXVIII, refiere algunas proezas del condestable.—El Bachiller Cibdareal, que fué testigo de ella, dice que «los muertos é feridos (de los moros) serian bien mas de 30,000.» Centon, Epístola 51.—Los Arabes de Conde, confiesan «que nunca el reino de Granada padeció mas notable pérdida que en esta batalla.» Domin. part. IV, cap. 30.—Segun el padre Sigüenza, esta batalla de Sierra Elvira es una de las que Felipe II hizo pintar en el monasterio del Escorial en la sala llamada de las Batallas, copiada de un antiguo lienzo. Histor. del Orden de San Jerónimo, p. 4, lib. 4.

(2) La Crónica de don Juan II apunta una especie singular, á saber, que corrió la voz de que los moros de Granada en un presente de pasas é higos que hicieron al condestable le enviaron multitud de monedas de oro, y que por aquella causa influyó en que se levantara el campo. Pero habiendo sido esta crónica ordenada por Fernán Perez de Guzman, señor de Batres, uno de los conjurados contra don Alvaro de Luna, debemos mirar como calumniosa esta especie, y como tal la trata el Bachiller Cibdareal, que dice haber probado él mismo los higos.

inobediente y rebelde al rey, y los procuradores que habia mandado congregarse en Medina del Campo le otorgaron un subsidio de cuarenta y cinco cuentos de maravedís para proseguir la guerra.

Habia servido grandemente al rey don Juan en esta campaña un caballero moro de la sangre real llamado Yussuf Ben Alahmar (3), que con deseo de apoderarse del trono de Granada, habia ofrecido al de Castilla reforzar sus huestes con ocho mil hombres y reconocerse vasallo suyo, si le ayudaba á destronar á Mohammed el Izquierdo. Yussuf cumplió su oferta en el combate de *Sierra Elvira*, y el monarca castellano también cumplió la suya en Córdoba, dejando encomendado al adelantado de Andalucía don Diego de Ribera y al maestre de Calatrava don Luis de Guzman que llamasen en adelante rey de Granada á Yussuf, si bien como vasallo de Castilla. Aquellos dos caudillos celebraron á nombre del rey don Juan en Hardales un tratado con el príncipe moro en este propio sentido, y en su virtud le entregaron varias villas y fortalezas del reino de Granada. Pronto se declaró por él la mitad del reino: la tribu de los Abencerrajes que salió á combatirle quedó derrotada con muerte de su vazir, merced al auxilio que los fronteros cristianos dieron á Ben Alahmar. Despues de una breve guerra Mohammed Al Zakir el Izquierdo se vió precisado á salir silenciosamente de Granada y refugiarse en Málaga, y Yussuf, el nuevo vasallo del rey de Castilla, hizo su entrada en aquella ciudad, donde fué proclamado con el nombre de Yussuf IV (enero, 1432). Su primer cuidado fué prestar homenaje al de Castilla; pero hipocondriaco y enfermo, á los seis meses bajó del trono al sepulcro, y con esta noticia Mohammed el Izquierdo corrió á Granada y recuperó el trono dos veces perdido. Para uno y otro era ya una necesidad la dependencia de Castilla, y Mohammed pudo obtener del rey don Juan una tregua de un año á costa del mismo tributo á que se habia obligado Yussuf.

Léjos estaba de haber desaparecido de Castilla la intranquilidad interior. Aquellos magnates que se suponía haber conspirado contra el condestable en el campo de Sierra Elvira, fueron presos por el rey en Zamora, por noticias que le dieron de que andaban en tratos con los reyes de Aragón y de Navarra, y con los infantes sus hermanos; si bien no tardaron en ser puestos en libertad, á instancias del mismo condestable, si hemos de creer á su cronista. Las rentas y fortalezas del maestrazgo de Alcántara fueron embargadas por deservicios del maestre don Juan de Sotomayor, que tenia acordado entregar algunas de ellas á los infantes de Aragón don Enrique y don Pedro, que se mantenían insumisos en Alburquerque. Contra ellos envió el rey al almirante y al adelantado mayor. El infante don Pedro, que se habia entrado en la fortaleza del convento de Alcántara, fué preso por el comendador mayor de la orden en ocasion de hallarse aquel durmiendo la siesta. Al momento acudieron el almirante y el adelantado ansiosos de apoderarse de la persona del infante: negose á entregársele el comendador: moviéronse tratos y pláticas de una parte y de otra sobre si habia de soltarse ó no al preso: el infante don Enrique y el maestre de Alcántara, tío del comendador, hacíanle grandes ofrecimientos por que le pusiese en libertad, pero el rey le ordenó expresamente que no le soltara en manera alguna prometiéndole por ello muchas mercedes. Entonces el infante don Enrique apeló al rey de Portugal suplicándole intercediese por la libertad de su hermano. En su virtud, despues de muchas y activas gestiones que con el rey de Castilla practicó un enviado del monarca portugués, se estipuló en Ciudad Rodrigo que el infante preso obtendría su libertad á condicion y cuando su hermano don Enrique entregase al rey la villa y fortaleza de Alburquerque y todas las demás que tenia en Castilla, y que hasta tanto que esto se cumpliese se pondría al infante don Pedro de Aragón en poder del infante de Portugal (1432).

Desde Ciudad Rodrigo ordenó el rey á los procuradores que se reuniesen en Madrid para donde él venia. Como á ruegos del condestable se hubiese detenido el monarca unos dias en Escalona, donde le tenia preparadas fiestas de toros, cañas y

(3) El que nuestra Crónica llama *infante Benalmar*.

otros juegos propios de aquel tiempo, tuvieron despues que esperar en Illescas (1433) por no tener el rey donde aposentarse en Madrid: «porque de tal manera, dice el cronista, se habian aposentado todos antes que el rey é el condestable llegasen, que el rey é los suyos non tenian donde se aposentar (1).» Con esta inconsideracion trataban los grandes y los procuradores al rey don Juan II de Castilla.

Era desafortunado don Juan en esto de experimentar ingratitudes de parte de los mismos á quienes dispensaba mas mercedes. Aquel don Fadrique de Aragón, conde de Luna y nieto del rey don Martín, á quien habia dado la villa de Cuellar y otros lugares cuando se refugió á su reino, habiase conjurado con unos caballeros de Sevilla para que le diesen las atarazanas y la fortaleza de Triana. El plan era saquear á los mercaderes genoveses y á los mas ricos comerciantes de aquella ciudad. Descubierta oportunamente esta abominable trama, y puestas en manos del rey cartas fehacientes de ello, fueron todos arrestados por el adelantado Diego de Ribera, y formado proceso, el infante don Fadrique, por consideracion á la sangre real de Aragón, fué recluido en un castillo, donde acabó miserablemente sus dias, y los dos caballeros de Sevilla, sus cómplices principales, condenados á muerte y á ser arrastrados y descuartizados (1434). «Esta es la justicia, decia el pregon, que manda hacer el Rey Nuestro Señor, á estos hombres que hicieron ligas y monopolios en su deservicio, tomando capitan para se apoderar de las sus atarazanas de Sevilla y de su castillo de Triana, para robar é matar á los cibdadanos ricos é honrados de la dicha cibdad (2).»

Este acto de severidad y de rigor fué templado con otro de benignidad. Un hijo bastardo del rey don Pedro de Castilla, llamado don Diego, habia estado encerrado mas de cincuenta años hacia en el castillo de Turiel, en cuya prision habia muerto otro hermano suyo nombrado don Sancho. El rey se compadeció de él, le restituyó la libertad y le señaló para su residencia la villa de Coca.

La tregua con los moros habia fenecido, y se rompieron de nuevo las hostilidades en la frontera. De mal agüero pareció ser la muerte del adelantado de Andalucía don Diego de Ribera, esforzado caudillo y valeroso caballero, que por acercarse con demasiada arrogancia al pie de los muros de Alora cayó atravesado de una flecha que el alcaide moro del castillo con certera mano le introdujo por la boca desde el adarve. Amargamente lloró Castilla la pérdida de este bravo campeón, y los poetas de su tiempo celebraron en cantos y romances sus hazañas. También fué sentida la desgracia del joven Juan Fajardo, hijo del célebre adelantado de Murcia Alfonso Yañez Fajardo, sorprendido con sus compañeros en los campos de Lorca por un escuadron de Abencerrajes. En cambio resplandecian victoriosas las armas castellanas, conducidas por el joven comendador de Santiago don Rodrigo Manrique, hijo del adelantado de Leon, en la plaza morisca de Huescar, una de las mas ricas y mas fuertes ciudades del reino granadino, que se gloriaba de haber sido la cabeza de uno de los pequeños reinos que se formaron sobre las ruinas del califato de Córdoba, y donde hacia mas de siete siglos que no habian penetrado cristianos, sino que los llevaran cautivos. Gran renombre ganó el joven Manrique con haber plantado el pendon de la fe en la mas alta almena del alcázar de Huescar, despues de haber peleado heroicamente en union con sus caballeros, y excediendo á todos en bizarría en los campos y en las calles de la ciudad, y no en vano imploraron los venecidos moros la clemencia del generoso adalid, pues que á ella debieron los hombres sus vidas y su libertad, las damas moras la devolución de sus joyas y de sus vestidos, y bien mereció la merced que el rey le hizo de veinte mil maravedís de juro y de trescientos vasallos en tierra de Alcaraz. Acabó la alegría de este triunfo la terrible catástrofe que sobrevino al maestre de Alcántara don Gutierre de Sotomayor, que con los caballeros de su orden defendía la frontera de Ecija contra las incursiones de los moros de Archidona. Estos intrépidos caballeros, que con deseo de acometer alguna empresa hazañosa intentaron

tomar aquel castillo de los infieles, metiéronse por mal consejo de sus guías por entre hondas cañadas y barrancos, quebradas peñas, desfiladeros y precipicios sin salida, hasta que se vieron circundados en las cumbres de una inmensa morisma que calladamente les habia ido espiando los pasos, y descargando y haciendo rodar sobre ellos peñascos enormes en medio de una gritería y horrible algazara, sin poderse ellos revolver ni manejar sus caballos, acabaron con aquella lucida y brillante hueste, dándoles en aquellas simas una muerte afrentosa y horrible. Jamás, dice un historiador, sufrió la orden de Alcántara un revés tan funesto. Allí perecieron quince comendadores, todos los capitanes é hidalgos de Ecija y los voluntarios de Extremadura, entre todos cerca de mil peones y ochocientos jinetes. El maestre pudo salvarse ocultándose en unos jarales, y guiado despues por un práctico. El rey le dirigió una afectuosa carta consolándole, si bien le advertía que en lo sucesivo mirase mejor los inconvenientes de las empresas que hubiera de acometer.

Por otra parte Fernán Alvarez de Toledo, señor de Valdecorneja y frontero mayor de Jaen, que con varios caballeros y deudos suyos habia intentado inútilmente escalar la villa de Huelma, queriendo volver por el lustre de las armas castellanas, reforzado con otros ilustres adalides entró despues por la vega de Guadix incendiando villas y montes y apresando ganados, con una hueste de 1,500 jinetes y hasta 6,000 peones. En un combate que allí les dieron los moros, el obispo de Jaen don Gonzalo de Stúñiga perdió su caballo abriéndose paso con su espada por entre las filas sarraecenas. Libertóle Juan de Padilla, aunque recibiendo una profunda herida de lanza. Empeñose al fin una batalla general, en que Fernán Alvarez logró con su reserva arrollar á los enemigos, no sin que quedasen heridos varios caudillos cristianos: de los moros quedaron en el campo sobre 400: la hueste castellana regresó victoriosa á Jaen (1435). Ganaron mas adelante las villas de Benzalema y Benamaurel, mientras el adelantado de Murcia Alfonso Yañez Fajardo incendiaba las campañas de Velez Blanco y Velez Rubio, y obligaba á sus moradores á reconocer vasallaje al rey de Castilla. En las aguas de Gibraltar sucedió un desastre lastimoso. El conde de Niebla, don Enrique de Guzman, que cercaba aquella plaza y habia sido rechazado de ella por los moros, se habia metido en una lancha para ganar la galera capitana que anclaba en aquella bahía. Algunos cristianos que se arrojaron al mar acosados por los alfanjes agarenos se abalanzaron á la lancha del conde: al asirse á ella la volcaron con su peso, y el conde y cuarenta caballeros que le acompañaban, se sumergieron en el fondo del Océano (1436).

Así iba continuando aquella guerra sin grandes ni notables sucesos, sino los ordinarios asaltos y correrías, hasta 1438, en que don Inigo Lopez de Mendoza, primer marqués de Santillana, célebre en la historia de la poesia española, con mas fortuna que Fernán Alvarez de Toledo logró apoderarse de Huelma con los fronteros de Jaen. Hubo de singular en esta conquista que despues del triunfo cada compañía pretendía que su pendon se enarbolase el primero en las almenas del castillo. Don Inigo para zanjar las discordias y rivalidades adoptó el medio de reunir las banderas y clavarlas todas simultáneamente. Por último, un acontecimiento igualmente triste para Granada y para Castilla llenó de pena á ambos reinos. El adelantado de Cazorla Rodrigo de Perea, á quien acompañaba mas valor que fortuna en los combates, habia hecho una irrupcion por los campos de Baza. El joven moro Aben Cerraz, el mejor caballero de Granada y el mas favorecido de las damas granadinas por su apostura, amabilidad y gentileza, cayó sobre los cristianos con sus valerosos Abencerrajes, y los acometió con ímpetu furioso. La aguda lanza de un jinete benimerin se clavó en las entrañas del adelantado de Cazorla que cayó muerto á sus piés; pero también el inclito Abencerraje, que ciego se metía allí donde habia mas riesgo, recibió una estocada de un cristiano que le desangró y dejó sin vida. La victoria quedó por los infieles, pero Granada hizo luto por la muerte del mas gallardo y querido de sus adalides, mientras Castilla lamentaba la pérdida del caudillo de Cazorla y de los muchos caballeros que habian perecido con él. Revueltas y trastornos interiores así en Granada como en

(1) Crón. de don Alvaro, tít. XLI.

(2) Crón. de don Juan II, pág. 341.